

EL HACHA DE PIEDRA

SAMUEL SERRANO

1ª edición en *La Mirada Malva*, 2008
Colección Mirada Poesía 01

© Samuel Serrano, 2008

© *La Mirada Malva*, 2008

© Prólogo, Adolfo Castañón, 2008

© Portada: “Atavismos 2” de Walter Tello, 1995

Diseño de colección: Mauricio Pontillo

Reservados los derechos de esta edición para
Editorial *La Mirada Malva*
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón
Madrid – España
Teléfono (34) 915 189 899
www.miradamalva.com

ISBN-13: 978-84-935205-7-1
DL.: SE-

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impresión Publidisa
Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
---------	---

PREFACIO	17
----------	----

CLAROSCURO DEL MONSTRUO

I LOS MONSTRUOS

Los monstruos	29
La faz del monstruo	31
La mirada del monstruo	33
Asechanzas del monstruo	35
Los vigilantes	38
El exvoto del templo	41
El corazón del monstruo	45
Combate con el monstruo	47

II LA ISLA

El viaje	53
Carta de marear	55
Singladura	57
La que se ve de lejos	59
La isla	62
Luxus natura	64
La fama	66

EL HACHA DE PIEDRA

III RECADO

Ícaro	73
Arte de pájaros	75
Gesta de los vencejos	77
Gorriones	79
El ídolo	80
Recado	82
Tríptico del rey Alejandro	
I. La doma	84
II. De los auspicios	85
III. En el confín del mundo	87
Tríptico del ajedrez	
I. Los granos de Palamedes	89
II. Los siete contra Tebas	91
III. Aqueos y troyanos	94

IV CARACOL

Ronda del sarantontón	97
Sibilina	100
Through the looking glass	101
Caracol	104
Carpe diem	106
De rerum cotorris	108
Réquiem	112
Tango del fugitivo	114
Los vecinos	118

V ALABANZA DEL PADRE

El tartaja	125
La casa	127
El inquilino	130
Lengua de trapo	133
El hacha de piedra	135
La traición	138
Los dos bastones	140
La condena	143
Die blechtrommel	147
Alabanza del padre	149

CLAROSCURO DEL MONSTRUO

I LOS MONSTRUOS

LOS MONSTRUOS

Con garras afiladas que se extienden letales
y dientes de molino que trituran los huesos,
los monstruos nos asaltan en mitad de la noche.

Sus formas combinadas que trastornan los ojos
se forman como el sueño, de anhelos y de miedo,
y ascienden en la sangre cuando la carne duerme
para mostrar los trazos de un mundo que se ignora.

Son la implacable esfinge que interroga el camino,
la quimera de fiebre que despliega las alas,
los seres ungulados que acechan en los parques,
la voz del pezmuchacha que lacera y que encanta.

No confiemos entonces en burlar su vigilia
y asomarnos sin riesgo a sus mundos abisales.
Hijos de un mar enorme sin contornos ni orillas,

los monstruos nos aguardan como el viento o las olas
y entrar en sus dominios sin temor a sus garras
acaso nos proteja de esperanzas malsanas.

LA FAZ DEL MONSTRUO

En la luz vespertina
que aviva nuestras ansias
o el penumbroso ocaso
que nos empuja al miedo,
una voz nos induce a aguzar la mirada
para avistar al monstruo
que mora en nuestras aguas.

Algunos ven sus alas:
fugaces,
irisadas,
apartando la bruma
con el temblor del día;
otros su aleta enorme,
purpúrea,
de guadaña,
hundiéndose en las olas
con un fierro al costado.

Pero nadie comprende
por qué la faz del monstruo,
que emerge o se retrae con los rayos del día,
sólo se hace visible cuando el mundo se quiebra
en ese umbral de sangre,
de la muerte o la vida.

LA MIRADA DEL MONSTRUO

El lívido espectro desatado
que planea en la boca del abismo,
el paciente esqueleto con guadaña
que se aposta a la diestra del enfermo,
el horrendo cadáver verdinoso
que abandona su nicho por la tarde,
no son menos temibles que la insomne mirada
del monstruo cuyos ojos velan el mar y el cielo.

Lo sabemos eterno,
secreto,
camuflado,
cambiando de presencia como el viento o las olas,
con sus ojos enormes,
ardientes,
dilatados,
observando sin tregua

nuestro errar por la tierra,
nuestra fuga sin rumbo,
nuestro empezar de nuevo,
nuestra terca manera de remontar la piedra.

Nadie ha tornado nunca de haber visto esos ojos
que acechan sin sosiego como el viento o las olas,
pero todos sabemos que su intensa mirada
penetra en nuestros sueños cuando la carne duerme
y recorre la sangre,
sus ciegas galerías,
como topo porfiado en la caverna oscura.

ASECHANZAS DEL MONSTRUO

En estas latitudes donde los marineros
ganamos el sustento del mar cada mañana,
son muchos los peligros que provienen del monstruo
y, no obstante estos riesgos,
amamos sus celadas.

Primero está su lomo,
alto,
resplandeciente,
que de lejos semeja una isla dorada,
una clara bahía con frutas y agua fresca
que invita a detenernos y atracar en sus playas.

Después sus zambullidas,
bruscas,
vertiginosas,
que obedecen quién sabe a qué oscura llamada

y desquician los mares con turbulentas olas
que hacen garrar las naves y sepultan las radas.

Por último sus brazos
elásticos,
tenaces,
como ocultas serpientes que anidan en las aguas
y acometen los barcos en el claro verano
produciendo el espanto de incrédulos viajeros.

No hablemos de sus ojos,
de su ardiente mirada,
de su vientre de abismo
y sus tenaces garras,
no alcanzaría mi mano con sus trémulas fuerzas
a narrar los peligros que pueblan estas aguas.

Sabemos por relatos de viejos marineros que,
en viajes desastrados,
hallaron una playa

y al intentar saciarse
con frutas y agua fresca,
se vieron con espanto en la giba del monstruo.

Otros, más cautelosos, se quedaron distantes,
desconfiando del brillo de esas playas doradas
y el monstruo se echó al agua de forma tan violenta
que las naves salieron despedidas al cielo,
despeñándose luego en roncadas cataratas
a las negras regiones
que forman el abismo.

Está claro que el monstruo con estas asechanzas
convierte nuestros días en un caos azaroso;
pero si un día vinieran por su piel y sus garras
tendríamos entre todos que defender sus aguas
porque, ¿de qué valdría este mar en reposo
sin la oscura fortuna de su oculta amenaza?

LOS VIGILANTES

Porque muy bien sabemos que una gran amenaza
es mejor enfrentarla que aguardar su embestida,
todos los tripulantes de este buque de guerra
nos hemos conjurado contra el monstruo y sus mañas.

El temor y las ansias nos unieron a todos
pero solo nosotros guardamos el rigor,
solo mi hermano y yo no descansamos nunca
trepados en mesana o espiando en el calcés.

No cruzamos palabra,
nos hemos dicho todo,
el sol y las estrellas nos ven siempre de pie.
Ya perdimos la cuenta de las noches y días;
pero seguimos firmes,
sin flaquear jamás.

Algunos fermentidos nos motejan de perros,
sombras torvas y viles del viejo capitán;
pero ignoran la cuerda,
el lazo que nos ata,
la yunta de odio y fiebre que nos liga feroz.
Hay tardes que la brisa trae un aroma tan suave
que refresca un instante mi seco corazón
y pienso si han valido estos años de lucha,
este errar sin sosiego,
esta vigilia atroz.

Qué podrá haber de cierto en aquellas consejas
que nos hablan de un monstruo generoso y sutil
con una isla de plata sostenida en el lomo
y frutas y agua fresca para calmar la sed;
pero una mano férrea que se asienta en mi hombro
me retorna a mi hermano,
a mi sombra,
a mi cadena.

No nos hablamos nunca,
nos hemos dicho todo.

Los perros,
los vigilantes,
no descansamos jamás.

EL EXVOTO DEL TEMPLO

Tanto errar por los mares persiguiendo sus huellas
lograron el prodigio de esta señal funesta que,
lejos de alejar nuestro temor del monstruo,
confirma la presencia de su eterna amenaza.

Fue en las heladas aguas, en los mares del norte,
donde la aurora se alza semejante a la muerte,
donde vimos al monstruo,
más isla que criatura,
emerger de las olas como una gran montaña.

No esperamos siquiera saber sus intenciones,
nos habían advertido de su argucia y sus mañas
y de cómo saltando en el combés del barco
reventaba las cuerdas y rompía los maderos
sin que los tripulantes,
que corrían por cubierta,

pudieran guarecerse del furor de sus garras.

Una intensa borrasca,
que batía de costado,
imprimía a nuestro barco giros desordenados pero,
a pesar del viento y las tretas del monstruo,
maniobramos audaces para atacar su lomo.
Se cargaron mosquetes y empuñaron arpones,
se alistaron las redes y el nudo de la soga
y pronto la batalla tenía el celo y las ansias
de una gran cacería que estremece los mares.

No bien se había iniciado aquel combate a muerte
cuando nuestro entusiasmo se convirtió en sorpresa
porque advertimos mudos que el fuego y los metales
penetraban su carne sin conmover al monstruo,
que proseguía impasible nadando a flor de agua.
Aunque quizás lo herimos,
no puedo precisarlo,
pues lanzaba una tinta

que enturbiaba las olas
y exhalaba un almizcle
tan hondo,
tan sublime,
que enervaba las fuerzas
y abolía los rencores.
Pero esta,
como tantas,
era otra de sus mañas
y no iba a conmovernos con su tinta engañosa.

Luchando con su almizcle
que adormecía las almas
le echamos una cuerda que se enredó en su aleta
y estábamos a punto de agarrotar su lomo
cuando la bestia astuta se inclinó de costado
y se perdió en las aguas,
brusca y vertiginosa,
desgarrando su carne que pendía de la soga.

Nadie sabe realmente si una aleta o una garra
es lo que hemos traído de la horrible criatura.
pero los que porfiaban en negar su amenaza
la palpan con asombro
a la entrada del templo.

EL CORAZÓN DEL MONSTRUO

Tras de la cacería que ensangrentó los mares
flotaba a la deriva el corazón del monstruo,
hinchado, tumefacto,
como un peñón de odio extirpado del mundo
que aún roto y cercenado contamina las aguas.

Su carne nauseabunda,
batida por las olas,
exhalaba el hedor de una ciudad sitiada
a la que el enemigo,
la miseria y las plagas,
han llevado la muerte pese a sus gruesos muros.

Por fin el universo tornaba a su sosiego:
astillas, remos rotos,
los buitres en el cielo en su cotillón de sombras,
la mortaja del mar meciéndose tranquila.

No obstante, aún se temían
los colmillos y garras del monstruo
que ahora era tan sólo un corazón
y esa carne corrupta,
deforme,
ulcerada,
podía sembrar sin tregua las raíces del mal.

Con un golpe de azada le abrieron el costado
y de esa gran carroña que saturaba el mar
surgió una tenue fuente
de perfumado aroma,
que avanzó entre hediondeces
sin ser contaminada,
como un potente río de corriente muy clara
que se adentra en los mares
sin alterar sus aguas.

Títulos publicados

Colección Mirada Ensayo

- **Blas Matamoro Rossi**
o1 - *Lógica de la dispersión o de un saber melancólico*

Colección Mirada Narrativa

- **Consuelo Triviño Anzola**
o1 - *Prohibido salir a la calle*
- **Guillermo Roz**
o2 - *La vida me engañó*
- **Héctor Perea**
o3 - *Los párpados del mundo*
- **Luis Fayad**
o4 - *Testamento de un hombre de negocios*

Colección Mirada Poesía

- **Samuel Serrano**
01 – *El hacha de piedra*

Colección Biblioteca Digital

- **Rosario González Galicia**
01 – *Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres en la comarca de la Campiña segoviana*
- **Blas Matamoro**
02 - *Malos ejemplos*
- **Pedro Granados**
03 - *Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005)*